

# UNA ENTREVISTA CON MARIO GONGORA \*

SIMON COLLIER

Hay consenso general en que Mario Góngora es el historiador chileno que más se destaca entre los de su generación y ha sido, ciertamente, uno de los más respetados historiadores latinoamericanos de las décadas recientes. Su erudición impecable, profunda y, sobre todo, reflexiva le han ganado, es justo decirlo, un círculo cada vez más amplio de admiradores, tanto dentro como fuera de Chile. Como profesor, don Mario trabajó durante más de 30 años en la Universidad de Chile antes de asumir su actual cargo en la Universidad Católica de Chile (Santiago).

Como hombre de estudio, sus primeras publicaciones –las que establecieron su reputación– fueron sobre historia colonial hispanoamericana. Más recientemente ha volcado su atención a la historia de las ideas, y su comprensión de todo el “período nacional” de la historia de Chile se ha revelado ampliamente ahora último en su ensayo maestro, el “Ensayo histórico sobre la noción de Estado en Chile en los siglos XIX y XX” (1982). Este es tal vez el mejor trabajo de esta índole desde la aparición, en 1928, del clásico de Alberto Edwards, “La fronda aristocrática en Chile”. Pocos historiadores latinoamericanos modernos han meditado tan intensamente como Mario Góngora sobre la naturaleza de la empresa histórica misma, según lo ilustra, en alguna medida, la entrevista que sigue. Esta entrevista tuvo lugar en Santiago de Chile, el 29 de diciembre de 1982. Las observaciones

---

\* Publicada en “*The Hispanic American Historical Review*”, vol. 63, Nº 4, nov. 1983.

del profesor Góngora fueron traducidas al inglés por el entrevistador.

**SIMON COLLIER:** *Quisiera comenzar esta entrevista, don Mario, pidiéndole una suerte de reminiscencia autobiográfica que abriese este diálogo y abarcase asuntos tales como sus antecedentes familiares, los períodos que considera particularmente decisivos en su desarrollo intelectual, las etapas de su educación formal, y otros por el estilo.*

**MARIO GONGORA:** Nací en Santiago, en 1915. Mi padre era funcionario del Servicio Consular y ascendió hasta llegar a ser Cónsul de Chile en Oruro, la ciudad minera boliviana. En realidad, los primeros recuerdos de mi vida son de allí. No sé (y no me interesa mucho la genealogía) si su familia descendía tal vez de Alonso de Góngora Marmolejo, el cronista del siglo XVI que vino como soldado a Chile desde Carmona, en Andalucía. Mi madre provenía de familias con muchas ramificaciones en las provincias agrícolas del centro y sur de Chile: Talca, Maule, Linares. Por línea materna ella descendía de una familia francesa que vino a Chile en el siglo XVIII, como otras familias francesas de esa época, a partir de 1710 en adelante.

Creo que el período decisivo de mi biografía intelectual fue realmente el lapso entre 1931 y 1945—el final de la adolescencia—, los años de juventud para aquellos que nacimos entre 1914 y 1919. Ahora bien, en Chile esos años en particular coincidieron con la caída de la presidencia dictatorial y modernizadora de Carlos Ibáñez y con las luchas ideológicas y militares en todo el mundo que terminaron en 1945. No me gustaría calificar a la gente de mi edad como una “generación” (principalmente por razones de orden teórico acerca de lo que constituye una generación); pero aun así estamos hablando aquí realmente de la aparición en escena de varios grupos característicos de jóvenes, y éstos eran, en verdad, grupos con gran importancia política y espiritual en esa época y en los años siguientes. Lo que hicieron estos grupos (o, en todo caso, pretendían estar haciendo) fue romper definitivamente con la mentalidad del Chile del siglo XIX. A su manera, continuaron con la “autocrítica” de Chile, comenzada en los años alrededor de 1900 por tantas figuras del

mundo del pensamiento y del arte.

Estos jóvenes –y yo mismo me incluyo entre ellos– pudieron establecer contactos seguros y directos con corrientes del pensamiento europeo de principios del siglo XX. Los católicos –incluyéndome yo mismo– estuvieron en contacto con el “renacimiento católico” francés, representados por León Bloy, Charles Péguy, Jacques Maritain y otros como ellos. Los jóvenes izquierdistas de la época conocieron al marxismo (stanilista o trotskysta) y también a Freud. Y los artistas de ese período, gracias principalmente a la huella que abrió Vicente Huidobro, tenían contactos con las escuelas francesas. También en política, en ese tiempo, vimos surgir a la Juventud Conservadora, rebautizada después como Falange Nacional, que yo abandoné en 1938, y que –como usted sabe– se transformó después ideológicamente en la Democracia Cristiana. Vimos desarrollarse varios partidos socialistas y, en oposición a ellos, el Movimiento Nacional Socialista de Jorge González von Marées. Por último, vimos el surgimiento del Partido Comunista, formado en 1921 y que comenzó a actuar en la plena legalidad después de 1931. Había estado proscrito en tiempos de Carlos Ibáñez.

Los núcleos intelectuales de estos diferentes grupos estaban muy ansiosos de tener un contacto más estrecho con lo que sucedía entonces en la escena contemporánea de Francia y, en menor grado, de Alemania. Esto puede ser comparado con otras influencias que afectaban a otros grupos de chilenos de distintas edades. La relación chilena con España y el hispanismo en el siglo XX, por ejemplo, provenía de dos fuentes. Una, que era de naturaleza literaria, derivaba de la influencia de Menéndez y Pelayo, la generación de 1898, Menéndez Pidal y la generación poética de 1927. La otra, de índole más ideológica, provenía de la “Defensa de la Hispanidad” de Ramiro de Maeztu y de la guerra civil española. (Hoy en día, esta última influencia se ha desvanecido, si bien continúa la influencia literaria española.)

La gran influencia de los Estados Unidos (y, en menor escala, de Gran Bretaña) sólo se hizo presente alrededor de los años 1945-1950. Los jóvenes del período de postguerra tenían hábitos mentales que eran muy distintos de los que tenían mi edad. Eran más especializados, por cierto, y menos preocupados

de sus propias raíces culturales, si bien esto no era tan cierto en el caso de los artistas y de los hombres de estudio en los campos de la filosofía y la crítica literaria.

Respecto de mi propia línea de desarrollo, diría que desde 1940 en adelante, aproximadamente, aparte de mi entusiasmo por el pensamiento francés, adquirí gran interés en las fuentes del pensamiento alemán y tuve mucho contacto con ellas. Ambas tradiciones siguen siendo fundamentales para mí.

Respecto de mi educación.... Bueno, yo estudié humanidades en el Liceo San Agustín de Santiago y después leyes en la Universidad Católica, desde 1932 hasta 1936. Hice todo el curso y gané un premio como el mejor estudiante, pero no seguí adelante hasta obtener todos los requisitos profesionales para ejercer como abogado. (Llegué a la conclusión de que no tenía vocación profesional para el derecho y que había seguido leyes simplemente porque ello era considerado entonces la "única carrera humanística".) Finalmente, estudié pedagogía en historia en la Universidad de Chile, desde 1940 hasta 1944. En diciembre de 1944 recibí el grado de Licenciado en Filosofía con mención en Historia y el título profesional de Profesor de Estado.

SC: *¿Podría darme alguna idea de la extensión de sus viajes al extranjero? En el campo de la historia, ¿ha habido contactos en el extranjero de especial importancia para usted?*

MG: Mi primer viaje a Europa fue en 1938 y estuve entonces la mayor parte del tiempo en París. Después, mis otros viajes han sido menos entusiastas y más bien para investigar. Cuando comencé mis investigaciones en historia colonial hispanoamericana fui a Madrid y a Sevilla. Eso fue desde 1947 hasta 1948. Fui otra vez entre 1952 y 1953, en 1956, 1961 y 1974. En estas visitas a Europa los contactos decisivos en el campo de la historia no fueron numerosos: tengo pocas aptitudes para el contacto personal. Pero debería mencionar las conversaciones que tuve con el historiador austríaco Otto Brunner, en diciembre de 1952, y con Alphonse Dupront, Profesor en la Sorbona, en el curso de 1961. Para mí, las conversaciones que tuve con estas dos personas

fueron extremadamente importantes.

Debo agregar que en varios de mis viajes de investigación asistí a clases dadas por Fernand Braudel en la École Pratique des Hautes Études. En 1961, yo mismo di clases en la Universidad de Colonia, invitado por Richard Konetzke; en 1972 lo hice también en Oxford, invitado por Malcolm Deas; y en 1974 fui a la Universidad de Yale, gracias a la amable iniciativa de Richard Morse, y patrocinado por la Fundación Guggenheim.

SC: *De los varios lugares que usted ha visitado fuera de Chile, ¿cuál le produjo la mayor impresión estética?*

MG: ¿La mayor impresión? París, no sólo por lo que vi directamente, con mis propios ojos, sino por la manera como lo podía ver, la cual reflejaba mis lecturas anteriores sobre historia y literatura de Francia. Viena me hizo una impresión similar (no tan grande, porque mi estadía allí fue corta) a fines de 1952. Estando allí experimenté realmente la grandeza de una ciudad imperial.

SC: *¿Podría decirnos algo sobre su carrera de profesor?*

MG: No siento la necesidad de entrar en muchos detalles. Comencé con el cargo de Jefe de Trabajos en la Facultad de Filosofía de la Universidad de Chile en 1945 y terminé allí como Profesor de Historia Medioeval y Moderna, a partir de 1952 en adelante. Después de ello dirigí tres institutos de investigación: el Instituto de Investigaciones Histórico-Culturales, desde 1953 a 1954; el Seminario (y después Centro) de Historia Colonial, desde 1960 a 1968; y el Departamento de Estudios Humanísticos, desde 1975 a 1976. Todos estos formaban parte de la Universidad de Chile. Fui Decano de la Facultad de Filosofía y Humanidades de esa Universidad desde 1976 a 1977 y después jubilé allí, con más de 30 años de servicio, en 1977. Desde marzo de 1978 he tenido una cátedra en el Instituto de Historia de la Universidad Católica de Chile, en donde he realizado mi mejor trabajo como profesor.

SC: *¿Qué honores y distinciones ha recibido usted? ¿Ha tenido alguna vez cargos en organismos nacionales o internacionales?*

MG: Gané el Premio Nacional de Historia en 1976. En 1982 fui designado miembro del Consejo Nacional para el Desarrollo Científico y Técnico, por un período de dos años. No he trabajado nunca para ningún organismo internacional.

SC: *¿Cómo comenzó su interés por la historia? ¿Cómo se desarrolló después?*

MG: Desde el término de mi adolescencia en adelante me dediqué a leer obras sobre historia de Francia, comenzando con capítulos del gran tratado de Lavissee. Desde la infancia, también, había sido un gran lector de novelas históricas. En el fondo de mi corazón estaba infinitamente más interesado en la historia europea que en la historia de Latinoamérica. Como ya lo he explicado, mi período de estudios de leyes no me sirvieron profesionalmente, pero me encaminaron, es cierto, en la dirección de las primeras investigaciones que iba a realizar sobre historia colonial hispanoamericana: investigaciones sobre historia del derecho. Mi asistencia a un curso dado por el Profesor Alfonso García Gallo en la Universidad Central de Madrid (desde 1947 a 1948) reforzó grandemente mi interés por lo histórico-legal que tuve en un principio, si bien posteriormente lo abandoné, de vuelta en Chile, durante la década de 1950 y después, en aras del interés por la historia social (primeramente) y por la historia de las ideas (más adelante). En todo caso, ese primer viaje a España —ese contacto especial con la Universidad de Madrid y el Archivo de Indias— fue decisivo para que yo tomara el camino de la investigación, por el cual continuo andando.

Junto a la investigación conservo todavía mi interés de un principio por la historia europea. Esto se ha reflejado en el plan de mi enseñanza universitaria. De hecho, siempre he enseñado Historia Medieval y Moderna (en el período moderno, solamente los siglos XVI y XVII), si bien alternando ésto con cursos sobre filosofía de la historia, o teoría de la historia, como muchos

prefieren llamarla hoy.

SC: *¿Usted no ha enseñado nunca en forma regular historia latinoamericana propiamente tal?*

MG: No, y nunca he sentido, en ninguna etapa de mi vida, que hubiera la menor contradicción entre investigar sobre historia hispanoamericana, por una parte, y enseñar historia de Europa, por otra. Después de todo, la historia de Europa calzaba verdaderamente con mis primeros intereses históricos.

SC: *En muchos de sus escritos, don Mario, es muy notorio un trasfondo decididamente filosófico —una amplia familiaridad con el mundo de las ideas—. ¿Hay, me pregunto, algunos escritos en particular —escritores de filosofía, de historia de la filosofía, o escritores con espíritu creador— que hayan ejercido influencia sobre usted de manera importante?*

MG: Bueno, no soy, formalmente hablando, un erudito en el campo de la filosofía, excepto en la medida en que ésta tiene influencia (explícita o implícita) en las concepciones de la historia. Mi primera gran "experiencia" en la filosofía de la historia —y eso ha de haber sido hacia 1935— fue la "Decadencia de Occidente" de Spengler, en la traducción magnífica de García Morente. Sigo siendo un devoto de ese pensador tan vilipendiado, tan denostado y tan *utilizado* por la mayoría de los especialistas. Mi segunda y tercera lecturas del libro fueron más críticas, lo que es comprensible pero no me hicieron admirarlo menos. En este campo especial he leído también, admirándolos, a Vico, Herder, varios románticos alemanes, Hegel (si bien sólo su "Filosofía de la Historia").

Nietzsche (que no es, como usted sabe, un filósofo de la historia propiamente tal, pero, que es, sin embargo, un gran diagnosticador de la historia); y también a Heidegger y (con menos devoción) a Toynbee.

Siguen entusiasmándome esos grandes clásicos de la historiografía que logran dar cuerpo y unidad a grandes "visiones"

históricas universales: Ranke, Burckhardt, Michelet, y en nuestro propio siglo, Huizinga, Meinecke, Braudel y Altheim. En cuanto a los teóricos de la “ciencia” histórica —es decir, “ciencia” histórica sin metafísica— he leído y admirado (y también enseñado en algunos años o semestre académicos) a Dilthey y Max Weber. Si quisiera aquí mencionar solamente la escuela histórica de los Annales, nadie podría dejar de admirar la magnificencia del “Mediterráneo” de Braudel, pero la orientación cuantitativa y marcadamente “socioeconómica” de esa escuela está muy lejos de la mía.

Volviendo sobre la pregunta por un momento, debería agregar que la filosofía de la historia, y la historia misma, no han sido nunca el único alimento de mi vida intelectual. También he querido (y sido fiel) a los grandes escritores cuyas obras llegué a conocer en mi juventud: Mann, Proust, Rilke, especialmente Rilke. Estos escritores no son sólo “hobbies” míos. Están muy cerca de mi corazón.

SC: *Tomando solamente uno de los nombres que mencionó, me gustaría saber si podría decirme, sólo en un par de palabras, ¿qué es lo que usted, como historiador, encuentra interesante o valioso en los escritos de Heidegger?*

MG: Lo que me ha interesado en Heidegger es la idea de que el proceso histórico mundial está de algún modo arraigado en la historicidad *del hombre mismo* —en su existencia personal— y que *en* su existencia personal el pasado, el presente y el futuro están todos íntimamente envueltos. Y su filosofía implica la convergencia ontológica del ser y del tiempo.

SC: *Su considerable reputación como historiador, don Mario, se basa en buena medida (si bien no exclusivamente, por cierto) en sus estudios sobre el período colonial. ¿Cómo ve usted mismo las consecuencias de largo plazo de esa particular experiencia colonial para Latinoamérica? ¿En qué medida se ha reflejado el legado colonial en la era nacional y republicana?*



MG: En este punto marcharía junto a Braudel. Creo que hay estratos de la historia que son de “larga duración”: en este caso, estratos de historia que han sobrevivido desde los tiempos coloniales hasta los siglos XIX y XX. Está el lenguaje, por cierto. Puede que haya desaparecido el Estado monárquico en 1810, pero no la noción de Estado *dirigista*, un Estado activo y decisivo: el experimento con las ideas de Friedman que se intentó aplicar aquí en Chile entre 1974 y 1982 claramente ha encallado. El catolicismo persiste también, si bien desde el siglo XIX ha estado teñido con una especie de clericalismo desconocido en tiempos coloniales cuando, después de todo, había unanimidad en las ideas esenciales, como sobre las relaciones entre la Iglesia y el Estado; una unanimidad quebrada sólo en el siglo XIX. (El clericalismo es, en realidad, la expresión de una mentalidad de guerra de corte político-eclesiástico). Otra cosa que tenemos de España es la noción de que la práctica social debería de algún modo estar regulado por valores éticos y jurídicos: esta idea ha persistido. Por mucho que haya sido contradicha por los “hechos” —lo que ha sucedido realmente de tiempo en tiempo— esos “hechos” nunca son capaces de alcanzar una justificación puramente pragmática. Por lo que hace a las estructuras sociales y económicas, bueno, la plantación y la hacienda sobrevivieron en todas partes, hasta las diversas “reformas agrarias” o hasta la introducción de una mentalidad capitalista en la agricultura. Yo diría también que heredamos de España la ausencia de un auténtico capitalismo: dondequiera ha sido promovido, se ha convertido rápidamente en una suerte de capitalismo de tipo aventurero, especulativo o financiero, algo que existió también en la España del siglo XVI. Finalmente, todo el amplio campo del folclore y de las artes —en los más variados niveles— es un testimonio de la persistencia de la experiencia colonial hispánica.

SC: *Si usted tuviera que destacar solamente una de sus obras históricas, ¿cuál sería?*

MG: Es imposible darle a una de ellas un lugar de privilegio. Uno nunca sabe cuál es la mejor.

SC: *¿Tiene usted algún trabajo histórico entre manos en este momento?*

MG: Acabo de publicar dos trabajos de investigación en 1982 y creo que tengo derecho al ocio. Aun así (y en un plano algo diferente), debería tal vez mencionar que estoy preparando actualmente una segunda edición de la obra del cronista del siglo XVII Diego de Rosales, una edición completamente revisada, basada en el manuscrito original. La primera edición (1877) no se ha vuelto a imprimir desde hace mucho tiempo y, en todo caso, es muy defectuosa. Rosales fue el principal cronista jesuita de nuestro período colonial.

SC: *¿Es posible para usted estimar la influencia que ha tenido sobre sus alumnos o sobre otros historiadores chilenos a lo largo de los años?*

MG: Me parece que ha sido escasa, debido a mi carácter reservado. Me he hecho amigo de algunos de mis ex alumnos... pero ¿influencia? no sé. La verdad es que mis convicciones históricas —mis opiniones sobre lo que la historia es realmente— están muy lejos del positivismo historiográfico del Chile del siglo XIX, y esto, a pesar de todo, sigue dejando su impronta sobre los investigadores que tienen 50, 40 ó 30 años, aun hoy. Los temas cambian; las influencias europeas cambian, pero la historia todavía es vista y la historia todavía se escribe en buena medida a la manera de Diego Barros Arana, Miguel Luis y Domingo Amunátegui, Ramón Sotomayor Valdés y así sucesivamente. Alberto Edwards y Francisco Antonio Encina no tuvieron nunca mucho éxito entre los especialistas, por cuanto eran desdeñados como “intuitivos”. En realidad, el credo de la Ilustración, el credo del Progreso, ha recuperado buena parte de su vigor desde 1945 en adelante: ¿no tienen razón los alemanes cuando hablan de “*Massenaufklärung*”? *Plus ça change, plus c'est la même chose*: eso también vale para la historiografía chilena.

SC: *Se ha dicho, tal vez con demasiada frecuencia, que Chile es una "tierra de historiadores", e indudablemente siempre salta a la memoria una gran generación de historiadores cuando se dice esto: la de Diego Barros Arana y sus contemporáneos: los hermanos Amunátegui, Vicuña Mackenna, Sotomayor Valdés, etc. ¿Tiene usted algún favorito entre los historiadores de esa generación famosa?*

MG: Sí. Benjamín Vicuña Mackenna, porque, a pesar de todo su descuido (para decirlo muy suavemente) en la investigación, es el que tiene en mayor medida un sentido para apreciar y admirar los hechos históricos o las personalidades que forman el foco de sus obras. Permítame darle un ejemplo. Aun cuando era ideológicamente enemigo de Portales, su libro sobre ese hombre está cargado de una admiración, de un entusiasmo, que verdaderamente realza la grandeza histórica de Portales, o, en todo caso, al Portales de la primera administración. (En el segundo a Vicuña Mackenna le pareció que había sido un tirano rudo y violento). Gracias a esa cualidad especial de sentir admiración y entusiasmo, Vicuña Mackenna logró a veces una visión más profunda que la que se abría ante historiadores más rigurosamente apegados a los "hechos escuetos".

Aparte de todo esto, Vicuña Mackenna fue, en Chile, el pionero de la historia urbana, de la historia rural, de la historia de las zonas mineras y de los nacientes ferrocarriles. Hizo todo esto, de más está decirlo, a su manera peculiar y más bien pintoresca. Otro aspecto distintivo de su personalidad, creo, puede ser encontrado en sus ideas políticas y sociales. Aun cuando él mismo era un aristócrata, fue, sin embargo, el expositor más penetrante del pensamiento burgués-democrático (o, en todo caso, de todo lo que podía ser entonces ese pensamiento burgués-democrático) en el Chile de 1850 a 1880. Inevitablemente, su expresión de esta línea de pensamiento descendía hasta lo "pintoresco" y, a veces, aun hasta la vulgaridad.

SC: *¿Cuál ha sido, a su juicio, su mayor satisfacción como historiador?*

MG: Haber leído a tantos historiadores y filósofos de la historia, tanto por deber como por placer.

SC: *A través de los años, desde que usted comenzó a incursionar en este campo por primera vez, ha habido avances notables en el estudio de la historia latinoamericana. ¿Podría destacar tal vez a dos o tres de sus propios contemporáneos que, en su opinión, hayan hecho contribuciones especialmente importantes en su campo?*

MG: Puedo nombrar a algunos contemporáneos que no son exactamente tales, cuyos logros, me parece, han tenido capital importancia desde 1940, aproximadamente. Pero me es imposible limitarme sólo a dos o tres. ¿Me permitiría mencionar a nueve? Sin ponerlos en orden ninguno, porque todos ellos son excelentes, serían éstos: Robert Ricard, Marcel Bataillon (por sus artículos sobre los *erasmistas* en las Indias), George Kubler, Woodrow Borah, John L. Phelan (por su trabajo sobre el milenarismo en Nueva España), François Chevalier, Tulio Halperín Donghi, Guillermo Céspedes del Castillo, Magnus Mörner. Debería, en realidad, citar a varios otros, pero aprecio el sentido selectivo de su pregunta. En todo caso, debería dar una explicación sobre un gran ausente de esta lista: Pierre Chaunu. Mi escasa preparación en historia cuantitativa me impide evaluar el verdadero calibre de su "Séville et l'Atlantique"; pero aun así, creo que ha ejercido una gran influencia. Pero creo que no me va a permitir usted llegar a 10.

SC: *¿Cuál cree usted ahora que es la tarea más urgentes —o las tareas más urgentes— que debe enfrentar la historiografía chilena, o, más ampliamente, la historiografía hispanoamericana?*

MG: Necesitamos un nuevo tipo de historia política: una que pueda ir más allá de la historia política del siglo XIX, una que emplee un mejor análisis, una que dé a conocer los factores de "la longue durée", una que permita el análisis desapasionado de la ideología. Y hay nuevas disciplinas que deberían ser culti-

vadas: la historia de la psicología colectiva y de los símbolos (ahora cultivada en Chile, independientemente de mí, por Rolando Mellafe). Gracias a los estudios de los últimos 20 años aproximadamente, hemos llegado ahora a un punto en que la historia demográfica, social y económica posee un grado de solidez que era desconocida para los historiadores del siglo XIX y para aquellos de nosotros que comenzaron antes de 1950. Pero la historia es una casa con muchas moradas y es importante que la generación más joven evite atribuir cualidades absolutas o exclusivas a las últimas tendencias intelectuales, como siempre sucede en Hispanoamérica.

SC: *¿Por qué sucede siempre esto en Hispanoamérica?*

MG: Yo diría que Hispanoamérica tiende a tomar los resultados más recientes de la ciencia y la investigación europeas, pero *no* toma la dialéctica interna de la cual proceden esos resultados. En consecuencia, no logra una idea clara de la continuidad que existe entre una posición teórica y la siguiente. Hispanoamérica coge los resultados, por así decirlo, en una serie de "iluminaciones" instantáneas, y con cada nueva iluminación cree que todos los resultados previos han sido de algún modo anulados.

SC: *El papel del historiador varía, obviamente, de tiempo en tiempo y de país en país. ¿Cuál cree que ha sido el papel de los historiadores en la historia de Chile?*

MG: Los historiadores chilenos de mi edad no han tenido ninguna influencia en el proceso histórico mismo. Hemos sido básicamente profesores universitarios, no políticos, aun cuando, naturalmente, podamos haber tenido convicciones políticas. En el siglo pasado, todos los buenos historiadores eran, sobre todo, políticos liberales. Sólo muy raras veces eran conservadores. Está también ese singular dignatario eclesiástico que fue también historiador. Edwards y Encina fueron también políticos, a su manera. La política, para ellos, constituyó cortos interludios en vidas que fueron más notables por otras cosas. Jaime Eyzagui-

re fue una mezcla: autor de ensayos y de manuales históricos, un hombre de “empresas intelectuales” (en el mejor y más generoso sentido del término), un profesor y mentor de juventudes. Retrocediendo al momento en que cambia el siglo, hubo también algunos grandes eruditos, pero que tampoco eran grandes historiadores: José Toribio Medina, por ejemplo, o Tomás Thayer Ojeda. Después, desde mediados de la década de 1920, aproximadamente, usted puede ver la aparición de los estudiosos de pura base universitaria: Ricardo Donoso, Guillermo Feliú Cruz, Eugenio Pereira Salas, sucesores de la tradición del siglo XIX. A mediados de 1930, se hizo notar una nueva concepción de la investigación, con los trabajos de Néstor Meza Villalobos sobre la conquista y también, alrededor de 1950, conmigo mismo, creo posible decirlo. Pero nosotros, por nuestra parte, no hemos ejercido la menor influencia en el proceso histórico. Hoy en día hay un abismo entre los políticos (o sus sucesores tecnocráticos) y los historiadores. Pero yo creo que es un fenómeno general de la civilización de masas. El político busca hoy al economista, al sociólogo, al cientista político, que tienen interés para él en relación a los problemas inmediatos, lo que se considera que es el “presente”.

SC: *Tiene usted algunas sugerencias respecto de cómo los historiadores en Estados Unidos deberían proceder para mejorar sus relaciones con los historiadores latinoamericanos? ¿Cree, en realidad, que hay necesidad de un mejoramiento?*

MG: Yo no creo realmente, en modo alguno, en “mejoramientos” que son en algún sentido, planificados. En la medida en que los hispanoamericanos lean y aprecien lo mejor que produce espontáneamente la historiografía norteamericana, va a haber un mejoramiento.

SC: *En conclusión, don Mario, quisiera pedirle una breve reflexión o comentario final sobre el estado actual de la historiografía latinoamericana. ¿Está usted contento con lo que ve?*

MG: No, de ninguna manera. Ya me he referido a esto, en mi respuesta a su pregunta sobre las tareas que deben enfrentar los historiadores. Pero *es* un motivo de alegría que la historia hispanoamericana y latinoamericana esté atrayendo ahora no sólo a *hispanicos* y *lusitanos* (en el sentido más amplio), sino también –y en un nivel tan respetable– a norteamericanos, franceses, ingleses, alemanes, suecos, italianos... Han traído una brisa de aire fresco al estudio histórico de nuestro continente.